Las representaciones no son absolutamente oníricas, como algunos afirman. Son, más bien, presentaciones secundarias de la realidad; la palabra misma lo indica: re-presentaciones. No se trata de meras ilusiones subjetivas, sino de una mediación inevitable entre el mundo y nuestra conciencia.

Cuando algo se representa en la mente, ocurre como resultado de la actividad cerebral. Sin embargo, esto no implica que el cerebro invente sus contenidos representacionales de manera arbitraria. El cerebro percibe, a través de los sentidos, los estímulos físicos externos —como la luz que incide sobre una superficie, las ondas sonoras o la presión de un objeto— y los traduce en representaciones. Por ejemplo, cuando vemos un árbol, nuestra mente no genera la forma, el color y la textura desde la nada; las construye a partir de la información sensorial que llega a la retina y se procesa en la corteza visual. De este modo, las representaciones no son inventadas, imaginarias o falsas, sino que se corresponden estructuralmente con los estímulos físicos externos. Son, en rigor, traducciones funcionales de la realidad.

Por otra parte, también existen representaciones puramente mentales, como las operaciones matemáticas, las formas geométricas y las lógicas. Estas son representaciones porque actualizan las facultades humanas de la razón y la imaginación, facultades que son comunes a todo el género humano. Pensemos, por ejemplo, en un triángulo perfecto: ningún objeto físico lo encarna de manera absoluta, pero nuestra mente puede representarlo con precisión gracias a la razón geométrica. Del mismo modo, una ecuación algebraica o un silogismo no tienen existencia material directa, sino que se despliegan en el espacio simbólico de la inteligencia humana. Estas representaciones, aunque no provengan directamente de los sentidos, no son por ello caprichosas: responden a leyes internas de coherencia que compartimos todos los seres humanos.

Así pues, las representaciones, en sí mismas, son efectivamente virtuales —en el sentido de que no son la cosa en sí misma, sino su presencia mediada en la conciencia—, pero corresponden tanto a estímulos físicos reales como a una imaginación y una razón reales, heredadas genéticamente por nuestra especie. La capacidad de representar no es un don excepcional de unos pocos, sino una estructura común que nos permite habitar el mundo, comprenderlo y transformarlo.

En síntesis, aunque las representaciones son virtuales, su origen es real: provienen de un contacto efectivo con el entorno o de las operaciones legítimas de nuestras facultades naturales. Lejos de ser ensoñaciones vacías, constituyen el único acceso humano a la verdad y al significado.

Autor: José Antonio López Reynoso.
Lugar: Zapopan, Jalisco, México.
Fecha: 23 de marzo de 2026.
Email: bonit962@gmail.com